

LUGO, EN UN RELATO DEL ESCRITOR LEONÉS ANTONIO PEREIRA

Escribe Antonio-Esteban

Casi en la linde con Galicia, en la confluencia de dos ríos -espuma y piedra- Villafranca del Bierzo se abre a la admiración del viajero que llega del Poniente y deja, en el que se va, un pleno recuerdo -hoy- a mostos en fermentación o a rosas -ayer- que Villafranca es tierra de nostalgias, siempre.

Por sus calles recoletas aún suenan o, al menos, lo parece, recias, las pisadas de los caballeros templarios o se pueden escuchar, quizá, en la lejanía, el tintinear de espuelas o, quién sabe si los suspiros de una doncella en flor, oculta tras la celosía de una ventana cualquiera de los palacios que se levantan en el cuadrante de su rosa de los vientos.

Villafranca, noble y señorial, acunada en las largas y lentas tardes de este otoño cercano, crecida entre jardines mustios y asaeteando el viento frío que baja del Malvís -monte cuya sombra se cierne sobre la villa- con las torres de sus diez iglesias -o casi- es tierra de poetas. Y de escritores. Aquí tuvo cuna el Padre Sarmiento, de quien Lugo, tal vez, guarda memoria; aquí Ramón Carnicer -a quién espera un sillón en la Real Academia de la Lengua, aunque su palabra no necesite limpieza porque brilla y esplende su prosa- nació y enrique Gil y Carrasco, novelista, de quien los libros de texto decían que su novela «El Señor de Bembibre» era la obra maestra de la narrativa romántica y en cuyas páginas «recuerdo un libro viejo en una vieja mesilla de noche aprendimos a leer los niños de mi generación, allá en el Bierzo, en las tristes escuelas de los años cuarenta y con el que comenzamos a amar a la niña rubia de las trenzas de oro en quien encarnábamos a la frágil doña Beatriz, suponiéndonos don Álvaro Yáñez. Aquí, en Villafranca, una noche Gilberto Núñez Ursinos rompió su vida y encontró la gloria, mientras su cuerpo se bamboleaba sobre las aguas del Burbia y las estrellas se ocultaban tras una nube amiga.

También aquí, aunque no de aquí, Hernán Alonso Abella busca -y encuentra- en la sociedad larga de las tardes, las palabras justas para rimar o poner verso a su existencia. Y aquí Antonio Pereira amaneció un día, allá por mil novecientos veintitrés para bien de las letras. Y en ellas sigue.

Antonio Pereira llega a la prosa, de la mano del verso. Nació -amaneció, decía- en una tienda al Norte que da a la carretera y aún hoy -dice- cuando

descanso los ojos y voy flotando en el sueño, lo que escucho todavía es el sonido del hierro.

No olvida Antonio Pereira que su sangre, su origen, le viene del pueblo, de una tienda pequeña de pueblo todo un bosque de los metales. Es un hombre fiel a esos recuerdos, aunque luego la vida le haya llevado por otros países que no acertaréis a hallarlos sobre el mapa dibujado en rayas diagonales.

Son ya muchos los libros que ha ido entregando nuestro hombre a la luz y a las gentes: UNA VENTANA A LA CARRETERA, premio Leopoldo Alas; DEL MONTE Y LOS CAMINOS, UN SITIO PARA SOLEDAD, LA COSTA DE LOS FUEGOS TARDIOS, HISTORIAS VENIALES DE AMOR o EL REGRESO, un libro de poemas, en el que el poeta, con sus versos a cuestas, regresa siempre.

Su última entrega, al menos para mí, nos llega con un libro cuya flexibilidad en el lenguaje y en el gusto por la palabra descubierta -dice Carnicer- y meditada largamente es peculiar de los escritores que proceden de una zona dialectal o lingüística diversa.

Antonio Pereira responde con sus libros en prosa a su ascendencia galaica. La parte del Bierzo donde nació, Villafranca, es tierra gallega por su geografía y por sus vestigios idiomáticos y así aparecen palabras como azafate, cachicán, cachirulos, rapazas, enterizo, esparajismo... que enlazan con la raíz de su sangre.

Y su sangre le lleva a novelar y, más que novelar, a contar, un suceso que le ocurrió a su hermano Pepe a quien si alguna vez le tuvo, envidia por su fortaleza física o por la guitarra o por lo pronto que le salían los problemas -Dios me lo haya perdonado- cuénteseme como envidia noblemente sentida y amorosa, que no mancha. Ese relato lo llevó a Lugo, al Lugo de los años treinta, cuando su padre, primer momento del tiempo que rehago desviviendo hacia atrás por caminos borrados los trajo a San Froilán.

Fueron cuatro horas hermosas -obsérvese la propiedad con que emplea los adjetivos- sobre la baca del viejo ómnibus de Lisardo, jugándose la vida -ahora me doy cuenta- en cada viraje por Piedrafita y Cruzul.

Para Antonio y para Pepe, su hermano, resultó que Lugo era una ciudad grande y maravillosa con sus ríos de gente marcada por el gozo de la fiesta. Tuvieron que visitar a los parientes de la calle de San Pedro y antes a los de San Roque, cerca del cuartel de las Mercedes donde ambos se detuvieron embobados mirando para el centinela.

En el ferial «no nos dice el autor dónde se encontraba el ferial- conocieron a sus primos que venían a vender varas, varas que habían llegado a la feria de Lugo sin que su tierna inteligencia -la de Pepe y la de Antonio- alcanzara a comprender su necesidad en tan gran número.

Uno de aquellos parientes, el tío Genaro, hombre rudo y desastrado que comía una especie de tocino, cortándolo con navaja y que decía que aquello que se llevaba a la boca era carne de perro sarnoso, regaló a Pepe una vara: La mejor.

Más tarde, su padre dijo de comer el pulpo en La Mosquera, lugar en el que Pepe olvidó la vara a la que había cogido ley, tanto que ni tiovivo, la mujer de las dos Cabezas, el pájaro que adivina el porvenir, nada le fuera grato.

Y llegó la hora de decir adiós a la ciudad; pero no olvidaron a la madre. En la calle de la Reina vendían los mejores dulces. Fue en la confitería de don Alejo Madarro donde los compraron y donde, también, Pepe encontró su vara y la recuperó. La tenía un mozalbete que tiró el forestal trofeo sobre la acera y salió pitando.

Escribe Antonio Pereira que, quienes vieron el lance pronosticaron un porvenir brillante para Pepín y un señor con barba, diputado a Cortes por Becerreá dijo que eso podía ser un símbolo y que tal vez llegaría a ser un alcalde tan limpio y principal como don Ángel López Pérez.

Aquí concluye el relato; pero, antes, el autor añade que Pepe no hizo carrera en el comercio "todo un bosque de metales" y que él se quedó en escribidor de historias.

Pepe anda ahora viajando pilas de linterna por la parte de Orense y vive como Dios. Pienso que -añado yo- su figura vivaracha, rechoncha y alegre recorre con frecuencia las calles de Lugo.

Es fácil, aquí, ahora, poner punto final. Pregunten por Pepín Pereira e indaguen si es verdad la historia de la vara. Creo que sí.